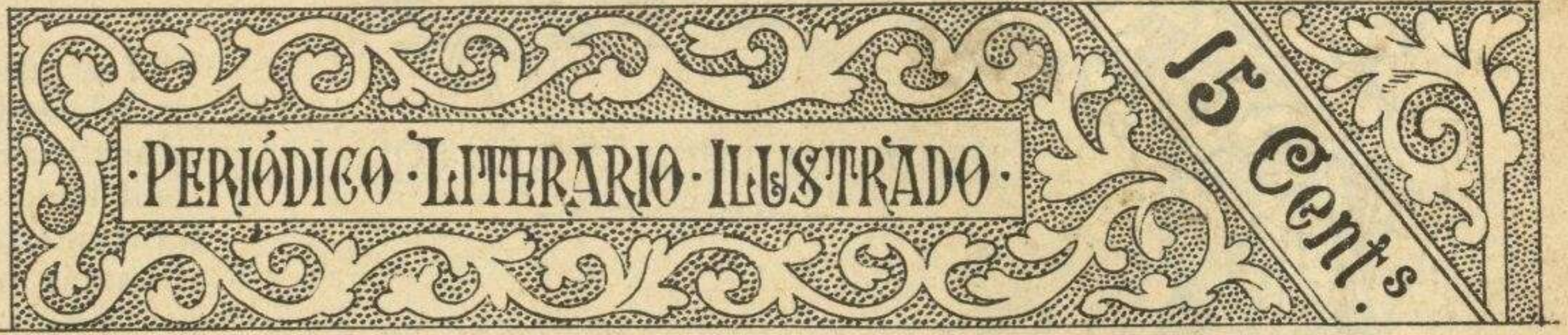
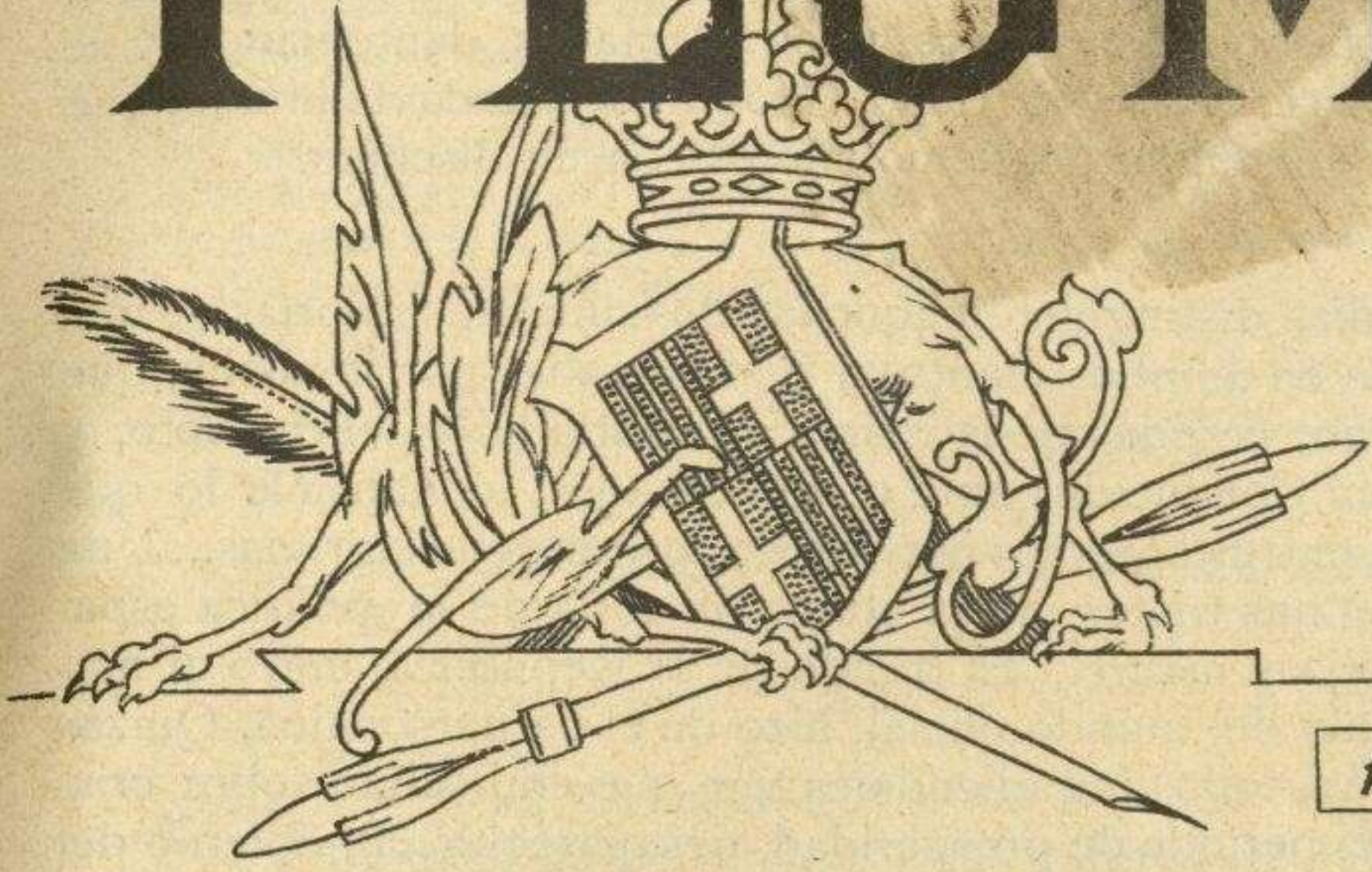


PLUMA Y LAPIZ



ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

Fuentis





DESDE LA PUERTA DEL SOL

El dos de Mayo es en Madrid un día consagrado por entero á los recuerdos... La remembranza de la heroica lucha de la independencia, no pasa nunca en el corazón del pueblo, que siente más que piensa... Los descendientes de los bravos chisperos y manolos, conservan permanentemente en el alma, como el fuego sagrado de las vestales, un odio perdurable á los franchutes, como en su lenguaje pintoresco denominan á nuestros vecinos. Ellos, en su perpétua ignorancia, no se han enterado de que el tiempo, que es, el paso intermediario, ha cicatrizado las antiguas heridas; de que el progreso, sino borrado, ha abierto las fronteras, de que casi un siglo de civilización, de cultura y de paz, ha suavizado la impresión profunda de unos cuantos años de guerra á muerte, en defensa del santo hogar...

Para los honradísimos artesanos madrileños, no hay más franceses que los del año ocho, no existe sino la silueta feroz de los granaderos polacos, con sus grandes bigotes, sus enormes gorras de pelo, y su mochila llena de reliquias arrebatadas en los camarines de las catedrales españolas. El dos de Mayo, es por ende, un día grande y sagrado, que pasa Madrid arrodillado ante el altar de la patria.

El que hace un favor, debe de olvidarlo; el que lo recibe, acordarse siempre de él... Poco más ó menos, porque no tengo á mano el Larousse, dice así una hermosa sentencia de Demóstenes... El inmortal manco en sus obras «Persiles y Segismunda» en «Las dos doncellas» y en el Quijote mismo, cita á Barcelona, con entusiasmo ferviente. Popularísima es la llegada del avellanado hidalgo á la ciudad condal, y cuanto se relaciona con los duques... La gran capital del Montjuich, dispónese á saldar la deuda de gratitud contraída con Cervantes, elevándole un monumento...

Parece que se hará cargo del asunto la culta Academia Barcelonesa de Buenas letras... Semejantes resoluciones enaltecen á los pueblos que las toman... Y, como en la capital del principado se realizan las cosas en grande, (testigo el hermoso grupo de la plaza de la Paz, en honor al descubridor del nuevo mundo), pronto se alzará en el ensanche un monumento conmemorativo de la gloria de aquella figura universalizada por un solo libro, traducido á todas las lenguas del globo. Mientras, aquí, en la capital del reino, nos contentamos con una humilde estatua de bronce, que, ni aún empinándose sobre las puntas de los pies, consigue mostrarse y rebasar los árboles para que la distinguan, y con la cual casi se hombrean los padres de la patria, cuando abandonan el palacio del congreso, concluidas las sesiones...

A la altura de un piso principal, entre dos balcones de la plaza del Rey, distínguese una lápida con una inscripción en letras de oro. Para los buenos madrileños aquella sencilla losa debiera de ser objeto de un culto ferviente; revela que allí vivió y murió quien levantó un altar en su corazón á su pueblo natal, la villa y corte. Por espacio de buen número de años, los transeuntes vieron salir del ancho portal, en la casa que hoy ostenta la lápida, un viejecito bajo de cuerpo, sin pelo de barba, de ojillos relámpagos, anticuado de ropa, y con un respetable peluquin; las gentes que se cruzaban á su paso y no le conocían, le juzgaban enseguida: un buen hombre.

Once años ha hecho esta semana que á la puerta de la casa de la lápida se paraba un carro fúnebre, y en medio de una enorme multitud se ponía en marcha un entierro, en la comitiva del cual figuraban los hombres más ilustres de las letras. El muerto era el señor anciano del peluquin; se llamaba, don Manuel de Mesonero Romanos, y las gentes le conocían por *El curioso parlante*.

* *

Primero de Mayo... Sangre y exterminio, como dicen en «La Marsellesa». Nada más lejos de ello... ¡Ah, la mal entendida y calumniada retórica!... El anarquismo está vencido, no ya por las bayonetas, sino por la palabra... Un lacito rojo, color de sangre, en el ojal, unas metáforas y adjetivos, unos ademanes dantonianos, y se acabó... Antaño el himno de Riego... Hoy no hay todavía himno, que yo sepa, y se contentan los demoleadores con un discurso.

* *

Los guardias distinguieron aquellas dos siluetas sombrías de mujer, rebozadas en amplios mantos y disfuminadas por la noche, que se abalanzaban, cogidas de la mano, á la barandilla del viaducto, y las detuvieron. Conducidas ante el gobernador, contáronle lo que les acontecía, entre espasmos nerviosos y torrentes de lágrimas... Una de tantas páginas tristes de la eterna historia de la política española... Eran hija y madre... El triunfo de la República, elevó al marido al pináculo del mundo oficial, hizo de él un personaje... Quizás los deslumbró á todos impidiéndoles ver que edificaban sobre cristal... Pasado el período de prosperidad, desaparecido el gobierno del pueblo por el pueblo, cesante el extribuno, descendieron, peldaño por peldaño, los escalones remontados de una vez, hasta dar en la miseria... Las puertas cerradas, los amigos sordos... Les faltaba la última caída: venderse, y prefirieron morir. ¡Y nada!... La población siguió impertérrita, ruidosa, radiante, alegre, bañada de luz de gas.

* *

Un trinar de canario bañado por un rayo de sol llena el aire de gorjeos... ¡Pero no!... No es un cántico de ave feliz... Hay en los arpeggios, que brotan á raudales de la privilegiada garganta, ayes de un corazón que llora... Es la Svicher, que ha abierto la llave á su garganta de cristal, y hace oír el rondó final del cuarto acto de «La bella Fancciula» de Bizzet, desde el escenario del Príncipe Alfonso.

ALFONSO PEREZ NIEVA

DOÑA JUANA COELLO

I
Cuenta la fama, y no miente,
si no estoy mal informado,
que Pérez, aquel privado
del rey Felipe el Prudente,

Dando tregua á la ambición
que en su cerebro rujía,
á una mujer, cierto día,
entregó su corazón.

Y, como en el mundo es llano
que el corazón vale poco,
Pérez, muy cuerdo ó muy loco,
también la entregó su mano.

Mas, aunque Juana Coello
era, al decir de la fama,
dechado de toda dama
desde la planta al cabello,

Pérez, á quien interesa
más el medrar que el querer,
esclavo se llegó á ver
de cierta astuta princesa,

Que á pesar del extravismo
que su vista desfigura,
es portento en la hermosura
y en las dobleces abismo.

Por eso, á aquel que insolente
pequeño el mundo encontró,
y que hasta á pensar llegó
que el bien dura eternamente,

En la embriaguez del poder
alguien le oyó murmurar:
«¡Ya no me puede estorbar
nada... mas que mi mujer!»

II

Pasó tiempo, y como nada
es durable en esta vida,
Pérez vió desvanecida
su privanza ambicionada.

Y como en su suerte artera,
en cierto Miércoles Santo,
viera un porvenir de llanto
por término á su carrera,

Buscando alivio á su suerte
sólo encontró en su afición,
por principio la pasión,
por desenlace la muerte.

Entonces, su afán profundo
pidió alivio á sus dolores,
y sólo halló los rencores
del rey Felipe segundo.

Buscó una mano, y en vano
con hondo afán la buscó;
Pérez, caído, no halló
quién le tendiera una mano.

Ya en la oscura calle oía
la ronda que se acercaba,

y él, aún airado, esperaba
un algo que no venía.

Y en su horrible frenesí,
no viendo á nadie llegar,
con rabia llegó á gritar:
«¡Nadie se acuerda de mí!»

Pero cuando iba á ceder
al fin á su suerte inquieta,
vió que una puerta secreta
le abrió al fin una mujer.

—¡Juana!—acertó á murmurar.
—¡Huye!—le gritó su esposa—
que el fin de tu suerte odiosa
yo sólo debo esperar.—

Y es fama que, anonadado,
y mal con su suerte á gusto,
en la iglesia de San Justo
logrando tomar sagrado,
sus yerros al comprender,
el antes fuerte valido,
se vió por todos vendido,
salvado por su mujer.

Por eso, allá en Aragón,
el alma de duelo opresa,
hablando con Gil de Mesa
decía en cierta ocasión:

—Al fin de mi historia odiosa
sólo lloro arrepentido
no haber antes comprendido
todo el amor de mi esposa.

Que, loco ha sido á mi ver,
no llegar á sospechar
que hay más dicha en el hogar
que en la cima del poder.—

Y, cuando ya perseguido
buscaba en suelo extranjero,
asilo, el que fué altanero
del rey Felipe, el valido,
Es fama que, ahogado en llanto,
murmuraba con despecho:
—¡Qué feliz me hubiera hecho!
¡Me amaba la pobre tanto!

III

¿Y qué recompensa el cielo
concedió á aquella mujer,
que una mártir llegó á ser
de su amoroso desvelo?

En una prisión oscura,
de sus hijos rodeada,
vió su existencia cercada
de estrecheces y amargura.

Falta de fuego y de pan,
en los inviernos más rudos,
de sus hijuelos desnudos
remendando con afán

Los vestidos harapientos

que sus carnes no cubrían,
sus labios no balbucian
ni sollozos ni lamentos.

Mas ¡ay! en el corazón
de aquella infeliz mujer
¡qué cantidad debió haber
de odio para la ambición!
Tal vez conturbada el alma
por aquella lucha ruda
manchó alguna vez la duda
de su martirio la palma.

Mas aquel amor profundo

que en su pecho se arraigó,
para triunfar le bastó
del rey Felipe segundo.

Que si hoy odios bien fundados
siguen en su tumba fria
á aquel rey que no veía
puesto el sol en sus estados,

Sólo para encarecello
citará siempre la historia
el nombre de eterna gloria
de doña Juana Coello.

ANGEL R. CHAVES

LOS PÁJAROS

LEO en un periódico que se ha fundado en Londres una Sociedad de aficionados á los pájaros de jaula (*sic*), y que la Reina Victoria presta su patronato á la Asociación.

La princesa Beatriz, por su parte, envía sus pájaros á las exposiciones que organiza el Club, y la anciana reina y emperatriz rompe por los «alados cantores» los rigores de la etiqueta y, cansada de los canarios, porque chillan con exceso, dedica ahora sus amores á un pardillo y á un pinzón.

Si S. M. Británica conociese un canario que yo tengo, á buen seguro que se reconciliaría con los canarios, y perdonen ustedes la presunción.

Pero antes de ocuparme en particular de mi canario, quiero charlar un rato sobre los canarios en general. ¡Dulce é inocente entretenimiento que me proporcionará alguna distracción y separará mi mente del recuerdo de los «cóngrios» grandes y chicos, conspicuos y de poco fuste, que nadan en los charcos de la literatura y del arte!

¡A cuantos que creen que me alimento con rabos de lagartija y bebo vitriolo, sorprenderá saber que uno de mis mejores amigos es un pajarito que me acompaña constantemente en mi adorada soledad!

Y no debo de ser yo solo quien busca en la compañía de un pájaro el candoroso consuelo que proporcionan estos animalitos á los que tenemos la fortuna de poseer un corazón sensible.

Digo esto porque la afición á los pajaritos ha adquirido, de poco tiempo á esta parte, grandísimo incremento en Madrid. Para convencerse de ello no hay sino visitar el establecimiento del maestro pajarero, D. José María Gurich, plaza de Santa Ana, 5, que es indudablemente el más conocido y acreditado de la capital.

Canarios, jilgueros, loros, cotorras, cacatúas, cardenales, faisanes, periquitos, palomas, tórtolas, vense revueltos allí, en aquella Cárcel Modelo, saltar de caña en caña, cantar, piar, chillar, espulgarse, besarse, acariciarse, unos al aire libre, otros encerrados en la tienda, en un movimiento incesante, en una orgía de colores, de arrullos y de gritos, en un batir de alas, que aturde y encanta á la vez.

El señor grave, canoso, lleno de achaques quizá, y condenado á la vida sedentaria, entra allá á buscar el pajarito á quien habrá de prodigar sus cariños y cuidar paternalmente, que habrá de ser ¡quien sabe! la distracción y el encanto de la prematura vejez.

La modista pizpireta, la trabajadora del pueblo, honrada ó ligera de cascos, que de todo hay en la viña del Señor, se dirige á Gurich en demanda de un jilguero, de un canario, de un pardillo, que, al día siguiente, ha de animar con su canto la pobre estancia donde se lucha por la vida, y derramar en ella la luz intensa de la alegría y del amor.

El melancólico, en cambio, compra dos tórtolas, cuyos tiernos acentos repercutirán en el alma, lacerada por los desengaños, como unísono lamentable del dolor, mientras el enamorado, radiante de gozo, se lleva un par de *inseparables*, que regalará al idolatrado tormento, como símbolo de constancia inalterable y vívida pasión.

Pobres y ricos, nobles y plebeyos, en suma, buscan en la tienda de Gurich á los pajaritos del campo, que traen el aliento puro, vivificante, de la naturaleza, una caricia del *alma parens* al antro de Madrid.

Algunos van á las grandes preocupaciones de la cría, serios, reposados, tratando el asunto con la gravedad y las emociones de una paternidad postiza; otros encaminados por un afecto instintivo hácia los pobres prisioneros á quienes sacarán de aquella mazmorra común, de aquella promiscuidad poco edificante, para encerrarlos en límpias y bonitas jaulas y rodearlos de amorosa solicitud.

Y los animalitos están allí, indiferentes á todo, cumpliendo su misión de vivir á toda costa, piando, cantando, chillando, gorgeando, arrullando, dando saltitos con encantadora despreocupación, hasta que una mano amiga los lleve á otra carcel donde los cuidarán más y respirarán mejor y seguirán, hasta morir, cupliendo su misión de piar, cantar, chillar, gorgear, arrullar y dar saltitos.

Para que se tenga idea del desarrollo que ha adquirido en Madrid la afición á los pájaros, hé aquí una relación aproximada de los que ha vendido el Sr. Gurich durante los meses de enero, febrero, marzo y abril del corriente año.

CANARIOS

1,200 machos del país,
1,400 hembras *idem*,
460 machos holandeses,
530 hembras *idem*,
250 machos belgas,
320 hembras *idem*,
70 machos de mixto de jilguero.

Total: 4,230 canarios.

DIFERENTES VARIEDADES DE PÁJAROS

40 loros,
60 cotorras de varias clases,
120 pares de periquitos de Australia,
60 id. id. de Madagascar,
300 cardenales grises de cabeza encarnada,
80 id. de color rojo de Virginia,
14 pares de faisanes dorados,
10 pares de faisanes plateados,
500 pares de diferentes pájaros del Senegal.

Que arrojan un total de mil ochocientos ochenta y ocho, el cual, sumado á los cuatro mil doscientos treinta canarios, dá una suma general de *seis mil ciento dieciocho* pajaritos, vendidos en un solo establecimiento, en Madrid.

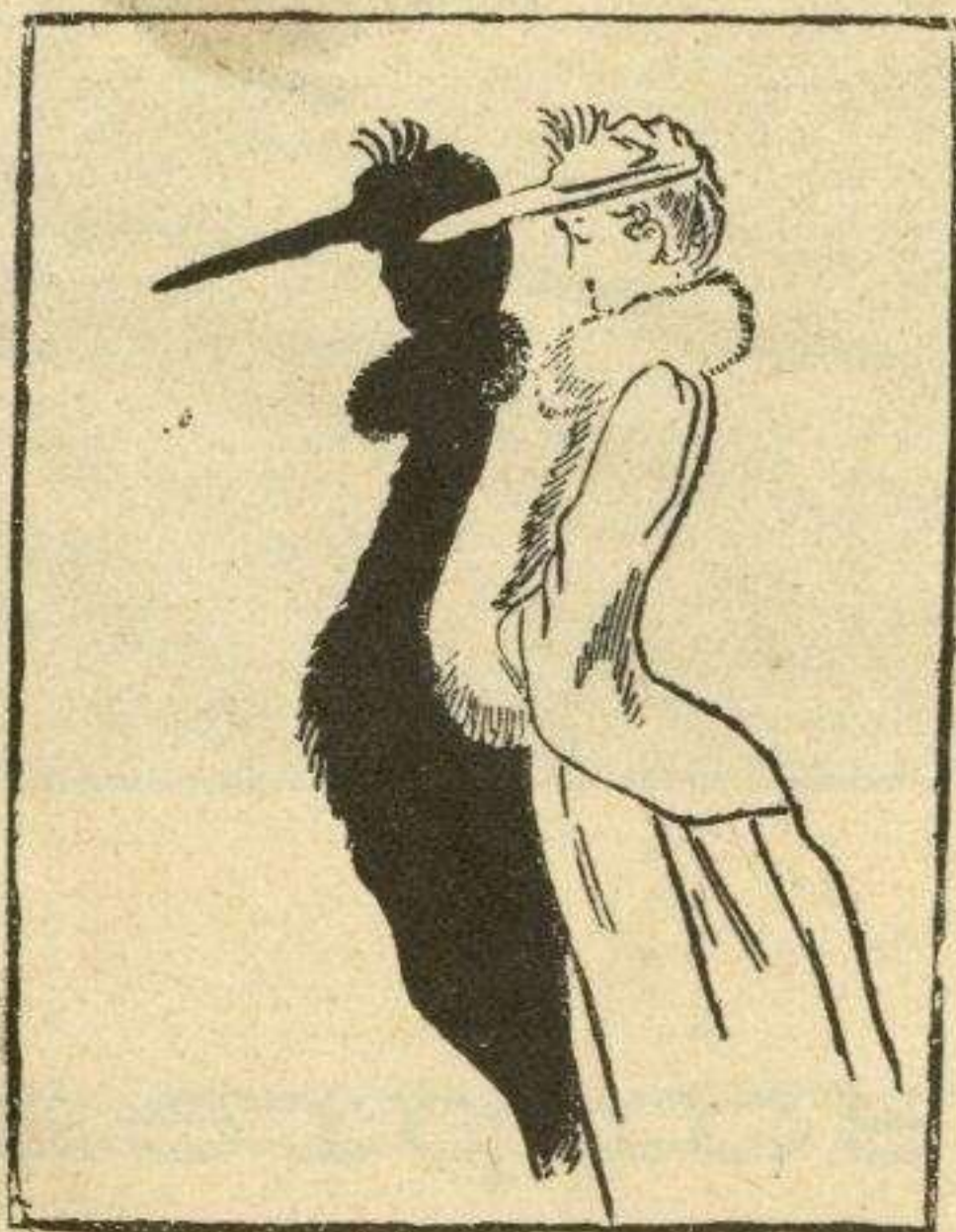
¡Qué derroche de poesía podría hacer cualquier colorinista, cantando esas seis mil ciento dieciocho «canorasavecillas» que forman el encanto de tantos hogares!

Cántelas norabuena, que yo voy á hablar ahora de mi canario, en prosa vil.

* * *

Me lo regaló, tres años há, mi amigo el Sr. Ponsini, el modesto y laborioso artista que, durante muchas temporadas ha formado parte de la Compañía del Teatro Real, y no es tal Ponsini, sinó D. Antonio Majá, español hasta las cachas y gran pajarófilo ú ornitófilo, ó como se diga, apasionado por los pajaritos al extremo de haberse

SILUETAS.— POR GIL BAËR



LA GRULLA



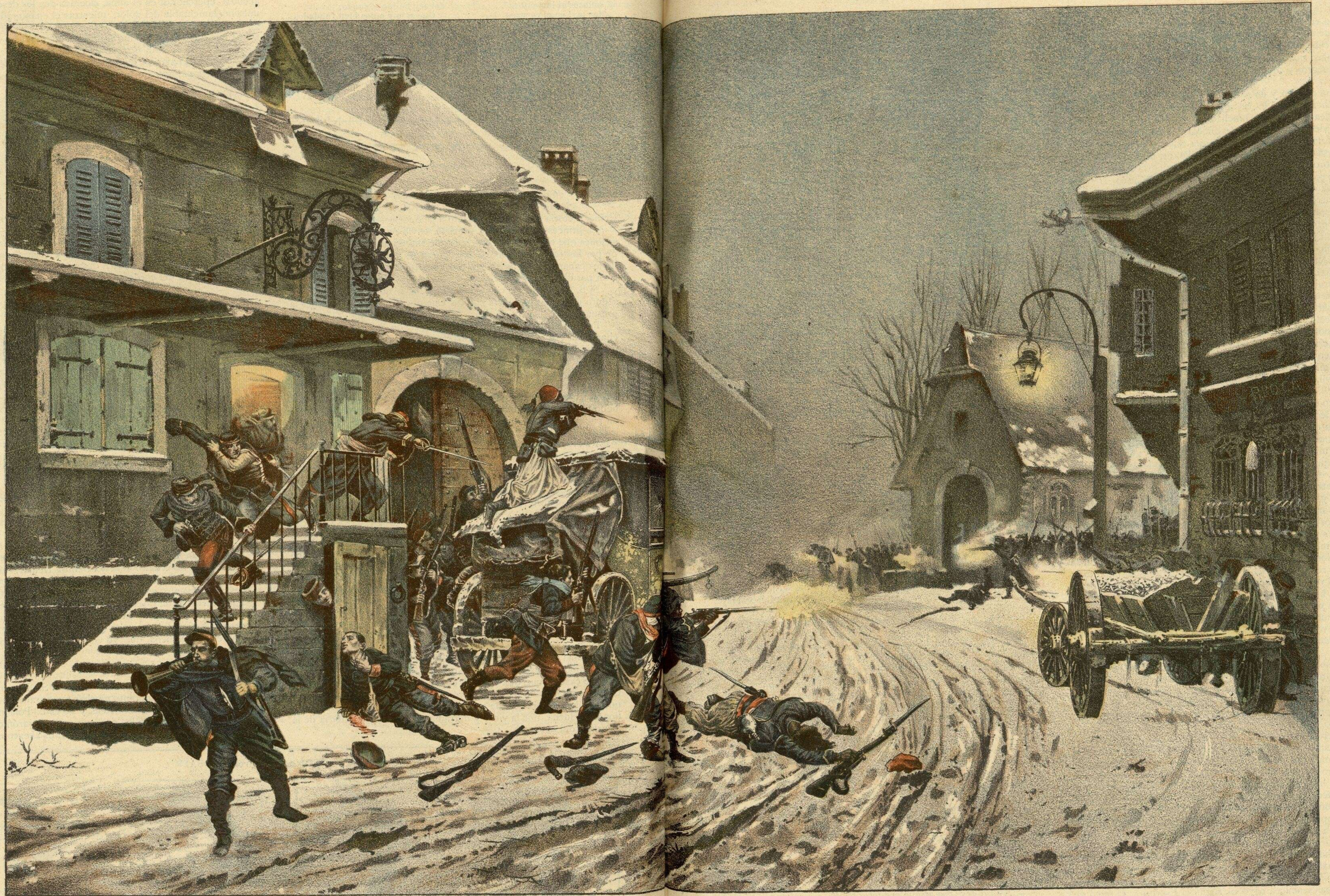
EL CONEJO



EL LEÓN



EL CERDO



sorpresa amanecer

gastado bastantes miles de pesetas en una mesa de comedor, obra de arte, donde los animalitos tienen un palacio y acompañan en las comidas á su dueño y señor.

Para describir á mi canario no tengo sinó mirarle, que está muy cerca, posado en el mango de mi pluma, hasta que salte á la cuartilla y se ensucie de tinta las patas y lo tenga que echar de allí.

Tiene la cabecita morena, de un verde oscuro, lo mismo que el cuello y las alas, ribeteadas estas de blanco, la cola blanca también, con matices negros y amarillos, el pico pequeño y grueso y las patitas idem.

Es un gran canario y un canario grande. Cuando se yergue, y levanta la cabeza y sacude las alas, parece un gallito pedante, un Beckmesser lleno de orgullo, hinchado de vanidad.

Quien lo viera en este instante quedaría seguramente asombrado, porque, diríase que el bicho sabe que estoy ocupándome de él, tal es lo que salta de la pluma á la cuartilla, de la cuartilla al hombro, del hombro á la cabeza, píando, picándome, revoloteando á mi alrededor, en son de protesta contra mis indiscreciones.

No me costó ningún trabajo domesticarlo; cuanto hace le sale de dentro, sin que le cueste fatiga ni extorsión. Díle de comer durante ocho días, comencé á llamarle y hacerle fiestas desde fuera de la jaula, acudió pronto; lo solté un día en mi despacho, se asustó al principio de su propio vuelo, y, poco á poco fué familiarizándose con mi presencia.

Le dejé dueño absoluto de sus acciones, sin mortificarle en nada, y hoy hago de él cuanto se me antoja; lo llevo, lo traigo, lo cojo, lo dejo, lo estrujo, lo beso en la cabecita y en las alas, le tiro de la cola, le agarro el pico entre los dedos, viene donde le llamo, me sigue á todas partes volando y cantando, y el animalito lo hace todo sin mostrar recelo alguno, sinó todo lo contrario, lleno de gozo, loco de alegría, rebosando satisfacción.

Cuando escribo lo tengo en el mango de la pluma ó sobre la cuartilla; cuando leo se posa en las hojas del libro; cuando toco el piano se planta en mi hombro derecho—su sitio preferente—donde permanece inmóvil, escuchando embobado la música y... ¡sin atreverse á cantar!

Es lo único que le he enseñado, á no cantar cuando toco el piano, escribo ó leo, porque, en un principio, me daba unas serenatas que me hacían ensordecen. Así es que cuando le acometen ganas de soltar una romanza, se marcha de mi lado y se desahoga *ad libitum*.

Su voz es mixta de canario, jilguero y riseñor; tiene el pitido estridente del primero, la *vocalización* mas apacible del segundo, y el trino suave, dulce, aterciopelado ¡oh! de la tierna dilomela, como diría el Sr. Castelar.

Almuerza y come con migo y con los míos, y anda por la mesa como Pedro por su casa. Canta de día, de noche, á todas horas ¡hasta soñando! por lo cual, en cuanto llega la muda, permanece callado durante tres y cuatro meses, sufre fiebres terribles y se pone á morir. Tal es mi canario.

¿Exageraciones? Algunas personas muy conocidas en Madrid se han echado á reír cuando les he hecho la biografía del pajarito, y en cuanto han venido á mi casa, se han quedado absortos al ver no solamente que hacía con migo toda suerte de monadas sinó que las hacía con esas personas en cuanto se lo mandaba yo.

El Sr. Gurich estuvo á verlo hace pocas noches, y al ver que, aun de noche, y á la claridad de una lámpara de luz eléctrica, venía el canario donde lo llamaba yo, quedóse maravillado y me dijo, textualmente:

—Si hubiese una exposición de canarios, el de V. se llevaría seguramente el premio de honor.

—¿No basta el testimonio de un maestro pajarero? Pues Biblioteca, 4, 2.º, izquierda, tienen ustedes su casa. Vengan los que, en asuntos de fé, profesan las doctrinas tomistas, y se convencerán de que no exagero.

Y ahora perdónenme los lectores esta debilidad mía al relatarles la vida y hechos de mi canario. ¡Pobrecito! Es mi compañero inseparable, el único que asiste al alumbramiento de mis mezquinos trabajos literarios, el que me alegra con sus caricias, me regocija con su canto, y me hace olvidar las miserias del mundo exterior.

¡Cuántas veces, cuando el feto se presenta mal y la mente estéril grita, y se sofoca uno en las ansias de la idea y de la forma, recurro á mi compañero de soledad y, distrayendo el espíritu un instante, consigo hacerme dueño de la frase y dar algun relieve á mis pobres pensamientos!

Escribo la historia de un amigo leal, dedico estas líneas á un ser que me acompaña y que me quiere. Si los excépticos se burlan, burlense cuanto gusten; no me dirijo á ellos, sinó á los pobres de espíritu, á las almas sencillas, cuyo es, según la Escritura, el reino de los cielos. Me dirijo á esas almas y ellas me comprenderán.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

A UN GOLIATH

Eres muy alto, Manolo, tan larguirucho y tan alto, que cuanto se diga es poco, con ser ya mucho ese cuanto.

Andaba Naturaleza, cuando te hizo, de buen año, y por ser contigo pródiga le saliste duplicado.

De Dios, que te hizo, venero en tí los designios sábios: ¡siendo el hombre imagen suya, en tí se le ve muy alto!

«¡Es muy corto!» nos decía, tus torpezas disculpando, tu buena madre (que en gloria esté,) cuando eras muchacho. ¡Dios nos guardara de tí, si llega á decir: «Es largo»!

Eres Giralda ambulante, eres Himalaya humano, Chimborazo con levita y altísimo para-rayos.

Sube el pan hasta las nubes, sube el pobre á un sotabanco; tú te subes en tí mismo y eres quien sube más alto.

Para verte cara á cara se hacen precisos los zancos; y para hablarte al oído hay que subirse á un tejado.

Vas por la calle y «¡Un globo!» gritan á una los muchachos. Todos miramos arriba... ¡y tú miras hacia abajo!

La carencia de cerillas te tiene á tí sin cuidado, que enciendes en los faroles sin más que extender la mano.

Vas á hacerte un traje, y no hay sastre que tome el encargo, si no le pagas el doble

por las hechuras y el paño.

De uno sé que intentó un día, con arrojo temerario, tomarte medida para un gabán de corte largo.

Empezó por la cintura al cumplir los veintinueve años, ¡y era ya viejo el pobrete cuando llegaba al sobaco!

¡Feliz tú, que nunca puedes tener pensamientos bajos, ni haber ideas *rastreras*, ni quedar corto en tus cálculos!

Voz del cielo me parece tu voz si contigo hablo, ó son de campana alegre, que baja del campanario.

No saltes, hijo, no saltes, que si das tú un solo salto, te descalabras con Venus ó te hace un chichón Urano.

Eres de oficio humildísimo y ocupas puesto *muy alto*, tonto y *te pierdes de vista*, necio, y *te pasas de largo*.

Atrevimientos contigo no los tendrá ser humano, que *subirsete á las barbas* es subir muy arriesgado.

Diéranme á mí la escalera y el punto de apoyo y... vamos, ¡no subiera yo allá arriba por temor al batacazo!

Y adiós, que siento la pluma ronca, aunque parezca extraño, que voz que á tu oído llegue hay que escribirla gritando, y que, con ser estos versos á la medida ajustados, me están pareciendo cortos para hombronazo tan largo!

J. FERNANDEZ DE LA REGUERA



EN LA RAMBLA

(COLOQUIOS DE RAMA Á RAMA)

B

ESO á V. la patita, pájara bella.

—Usted siempre tan galante,

vecino.

—¿Cómo no, si me extasíó ante sus alas galanas y su plumaje tornasolado?

—Ya, ya... Y ante los encantos de otras, á quienes pía dulcemente. Esta V. hecho un pájaro de cuenta...

—No haga caso. Hay que alternar. Por lo demás... ¡valientes gorrionas!

—Sí, sí, gorrionas... Este árbol parece una posada cosmopolita ó un Ayuntamiento. La honorable clase de los gorriones vá de ala caída. Todos los días se posan en nuestras ramas pájaros de distintos puntos y de diferentes castas. ¿Ve V. aquellos dos que se pico-tean?

—¡Vaya! ¡Bien se descañonan!

—Pues uno de ellos es un jilguero que llegó anteayer de Mallorca, y el otro un pardillo recién venido de Tortosa. Los dos son más desvergonzados y más atrevidos...

—¡Canario!

—¿Quién me llama?

—¿A usted? Nadie. Como no sea la dueña de la jaula de donde se ha escapado...

—Pipiriii... pipi... pi...

—No entendemos ese idioma.

—Claro; como que son ustedes unos pajarucos ordinarios, sin ilustración ni brillantez de plumas.

—¡Ay Júpiter! ¿Se atreve ese ictericiado á insultarnos en nuestra propia rama? ¡Que se vaya!

—Lo haré, porque no quiero alternar con quienes desconocen por completo la Ornitología, y porque veo allá abajo un cañamón más doradito...

—¡Fuera! ¡a la jaula!

—Antes la muerte. Quiero ser libre. ¡Pipiriii...! ¡viva la libertad!

—¡Provocador! Vuelo tras él.
 —No, gorrioncito de mis alones. ¿Quién hace caso de sus píos?
 —Si no es por eso... Quiero ver si pilló por mi cuenta el cañamón.
 —¡Ingrato! Me abandona por un grano... ¡Pí! ¡pí! ¡pí!
 —¡Eh! ¡la de la rama del segundo! No pronuncie apellidos políticos.
 —Si es que gimo...
 —¿Por aquel macho? No piense en él. Tiene tantos pajarillos en la cabeza...
 —¿Cómo?
 —Es un piar. ¿Acepta V. este granito de alpiste?
 —No sé si deba...
 —¿Por qué no? Esto y una habitación que yo tengo en el hueco de un álamo lejano donde no alumbrá la luz eléctrica ni acuden mochuelos.
 —¿Es V. propietario? Entonces...
 —Sí, váyanse ustedes. Pues no están poco amartelados los muy...
 ¡Si parece que se han caído de un nidol...
 —¡Descarados!
 —¡Pipil! ¡piripí!
 —¿Quién llama?
 —El maestro de coros. ¡Todos en orden! Piemos el himno. ¡Que pasa Martínez Campos!
 —¡Piripil! ¡piril! ¡pí!

*
*
*

Una voz humana, desde abajo.

—¡Mardita zea! ¡Bueno me han puzto er zombbrero ezoz anima-luchos!

Un gorrión bien educado.

—Usted dispense, señor bípedo. No sabemos que era V. fo-rastero.

JULIO VICTOR TOMEY

EL APUNTADOR

Vive mi amigo Justo
 con la manía
 de apuntar lo que gasta
 día por día.
 Dice que hacer apuntes
 no cuesta nada,
 y así lleva una vida
 muy arreglada.
 ¿Que entra á comer un plato
 de lomo frito?
 Pues, lo apunta en las hojas
 de su librito.
 ¿Qué se hace unos zapatos?
 ¿Que compra sobres?
 ¿Que reparte dos perros
 entre seis pobres?
 ¿Que monta en un tranvía?
 ¿Que se hace un terno?
 Pues todos esos gastos
 van al cuaderno.
 Pero es, sin duda alguna,
 su obra maestra,
 llevar apuntes
 como la muestra:
 «Cosas que haré mañana:
 Pedir á Bruno
 á las nueve y tres cuartos
 el desayuno.
 Funeral en San Pedro.
 Peluquería.
 A las diez ir en busca
 de amas de cria.
 A las once ir al Banco.
 Ver á Eleuterio.
 Almorzar á las doce,
 y al Ministerio.
 A las cinco, encargarme

las zapatillas,
 extraerme dos muelas,
 comprar cerillas,
 y comer á las siete
 (si tengo gana).
 A las ocho, Manuela,
 y á las diez, Juana.
 Acostarme á las doce,
 tomar un caldo
 y quedarme dormido
 con *El Herald*.»
 Además de eso, apunta
 fechas curiosas
 y sucesos notables
 y otras mil cosas,
 así como las veces
 que ha estado fuera
 y el día que ha nacido
 su lavandera.
 No sé como se apaña
 ni de que modo;
 pero el caso es que Justo
 lo apunta todo.
 Viéndole hace dos años
 lleno de apuros,
 le presté, sin recibo,
 cincuenta duros.
 Hoy le pido el dinero.
 Dice... que nones.
 Le digo que haga exámen
 de apuntes,
 y... ¡mire usted qué diablo!
 me dice Justo
 que apuntar esas cosas
 es de mal gusto!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

EL JUNCO Y LA FORTUNA

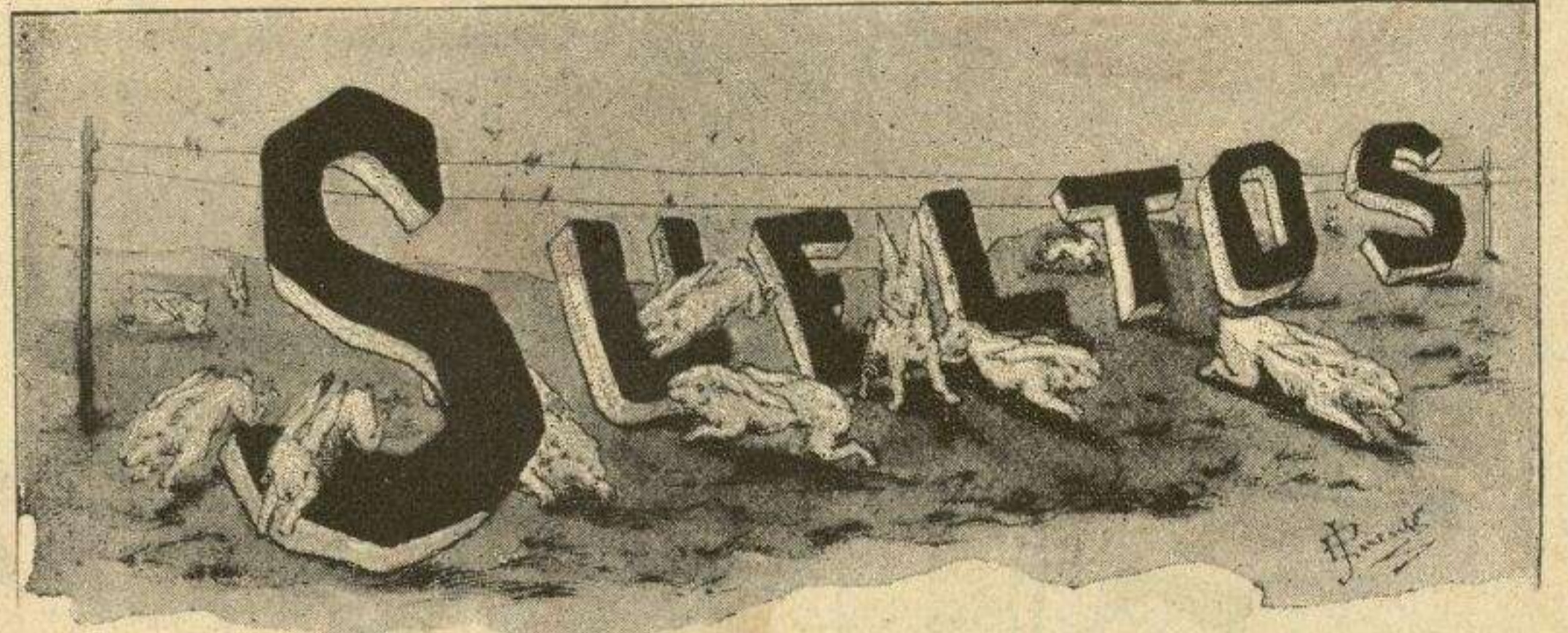
Un día que la fortuna
 andaba por esos mundos,
 prodigando oro á los necios
 y á los cuerdos infortunios,
 Encontróse en su camino
 con un miserable junco,
 que, adrede ó sin intención,
 nególe el cortés saludo.
 Ante tanta grosería,
 con indignación y orgullo,
 á la indiferente planta

habló así la Diosa, al punto:
 —¿Cómo es posible te atrevas
 á inferirme tal insulto,
 cuando no hay cosa en la tierra
 que no se doble á mi influjo?
 Desde el humano al insecto,
 desde la flor al arbusto,
 á mi poderio todos
 rinden vasallaje y culto,
 Menos tú ¡vil vegetal!
 menos tú, que en fango inmundo,

me desprecias, careciendo
 de hojas y flores y frutos.
 Mas yo juro por mi rueda,
 — y no inutilmente juro —
 que he de aplicar un castigo
 á tu desacato inculto. —
 Columpiándose indolente,
 tan altivo como rústico,
 contestó el junco á la Diosa,
 con este breve discurso:
 —Por tus fieras amenazas
 no me acobardo ni asusto,
 pues nada puedes robarme
 ya que nada tengo tuyo.

Sin fruto, ni flores, ni hojas,
 es mi tallo tan enjuto,
 que ni el rayo ha de partirme,
 ni troncharme el viento rudo.
 Así, pues, no inutilmente
 á ser tu esclavo renunció,
 ¡si tus dones me negaste
 soy en despreciarte justo!

¡Cuantos pobres yo conozco
 que en lo escualido son juncos,
 y al orgullo de los ricos
 anteponen otro orgullo!

José M.^a CODOLosa

Lo de Cuba ha pasado sin novedad mayor, y hasta sin desgracias personales que lamentar, ni explicaciones satisfactorias del Gobierno que esperar...

Quedan ahora, pasado lo de Cuba, *las cubas* por desollar.Porque, según dicen los que se entretienen en eso de comprar papeles, han bajado bastante *las cubas*.

Y el tabernero de la esquina dice que continúan todavía bajando de un modo atroz...

¡Pero hombre con el Gobierno!
 ¡Siempre nos dan estos chascos!
 ¿Porqué no sale un decreto
 suprimiendo los borrachos?

Según dicen de Gerona,
 puede allí, cualquier persona,
 desde este mes justamente,
 atracarse más que *el Gallo*
 de chuletas de caballo
 vendidas publicamente.

Por ese noble animal
 siento esta medida rara,
 más, no me parece mal

aunque de mí se tratara.
 ¡Ya era hora de que llegara
 la nivelación social!

Conque ¿aún estaban así?
 Pues no hace ya poco rato,
 (y no lo digo por mí)
 que de caballo y de gato
 y hasta de perrazo chato
 nos atracamos aquí!

Las Cámaras del Estado de Ohío acaban de votar un proyecto de ley que castiga con una fuerte multa y una prisión de seis meses á dos años á todo hombre casado, que tratando de pasar por soltero haga el amor á cualquiera mujer.

El proyecto tenía su *viceversa*, pero, los senadores han sido galantes con las damas, y les han perdonado las penas que, en el proyecto, y para casos iguales, eran idénticas.

Protegiendo así á las bellas
 no adelantarán jamás.
 ¡Si justamente son ellas
 las que nos vienen detrás!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El Arcipreste.

Señor Arcipreste, no vá mal la cosa, pero no queremos cositas en prosa.

Cabotter.—Eso está escrito en clave de sol. Porque... ¡ni fú ni fá!
Fruto de Oso.—Conformes con la idea de su trabajo, en el cual se declara V. impotente para hacer un artículo. No se puede V. quejar. ¡Coincidimos en todo!

Un principiante.

Siga V. principiando, hasta que los vayamos publicando.

Sandoval.

¡Poca cosa, poca cosa!... ¡Y hasta sosa, y hasta sosa!

L. G.

Otro como el capitán; algunos de ellos irán.

M. M. C.—*Sevilla*.—Conque ¿aquello es un suelto? Pues mire V.: el buey suelto bien se lame. Dejémoslo sin publicar por ahora.

J. U. B.—*Zaragoza*.

Eso es malo y no me peta.
 Ahora que el caso está en moda,
 córtese V. la coleta;
 pero ¡córtese la toda!

Huèdisqui.—Aunque copiado y todo, ¡si viera V. que poca gracia me ha hecho!...
 (Quedan más cartas por contestar.)



PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero..	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. - Calle de Chile, número 2164

Se admiten anuncios para este periódico